

fundamento, pues Cenarruza era la parroquia matriz de la parcialidad oñacina, y la próxima casa-solar de Sasiola era partidaria de ese bando. Lope García Salazar, en el libro XXI, folio 28, de su códice, llama Sayola, y dice ser contrario del preboste de Deva (se lee, **Deña**), que era Irarrazabal.

En Mendaro cita un chascarrillo de Pedro Miguel Urruzuno, que se vale de un juego de palabras, pero que el autor no hace ver con claridad en su traducción, por el doble significado que tiene en el vascuence de Mendaro y sus contornos el vocablo «arra», tanto para designar **gusano** como para designar **macho**. En vascuence, siendo **gusano** lo que él bendijo, igualmente se puede tomar por **machos**, y se vale de ese juego de palabras. P. M. Urruzuno fue uno de los mejores humoristas de la literatura vasca y una verdadera institución en el barrio de Mendaro. A la colección «Auspoa» le ha favorecido para completar hasta tres libritos de cuentos humorísticos recopilados de publicaciones euskéricas de fines del diecinueve, sin contar el interesante libro póstumo que le publicaron los mendaroarras como homenaje en 1930.

El barrio Olatz de Motrico, en sus proximidades, tiene la cueva prehistórica de Jentiletxe. De ahí es también una de las variantes de la leyenda de Tartalo, el Polifemo de la mitología vasca, según se puede ver en el tomo I de **El mundo en la mente popular vasca** de J. M. de Barandiarán.

Cuando en los capítulos correspondientes a San Esteban de Urdayaga y a Urteta alude las antigüedades históricas de Usúrbil y Zarauz respectivamente, no debemos olvidar los solares de parientes mayores de Achega y de Zarauz, gamboínos ambos. A primeros del siglo XV se libraron dos batallas en el vado de Usúrbil entre los bandos de Oñaz y de Gamboa. En la primera murió el oñacino Martín López de Murua. Los de Zarauz presumían, «Zarauz antes que Zarauz», como reza su apellido, del mismo modo que «Antes Balda que Azcoitia», quienes poblaron la colina de San Martín de Azcoitia que arriba menciono.

Además, respecto a la torre de Urdayaga existe una interesante información, que nos da idea bastante clara de lo que fue, nos facilitó G. Manso de Zúñiga en este mismo BOLETIN, XXIV (1968), páginas 31/38.

El relato sobre Ubera me trae el recuerdo del padre del autor, quien dio a conocer en «Munibe», XVII (1965), un hacha de piedra del período neolítico hallada en este lugar.

Las tres obras son un aporte interesante para el conocimiento de Guipúzcoa, sobre todo para la historia y etnografía de la misma.

J. San Martín

JUAN GARMENDIA LARRAÑAGA. — **EUSKAL ESKU-LANGINTZA. — ARTESANIA VASCA.** Edición bilingüe. En 2 tomos. Colección Auñamendi, núms. 79 y 80. Editorial Auñamendi. Estornés Lasa Hncs. Apartado, 2. San Sebastián, 1970.

Entre ambos libros se recogen una veintena de formas de vida artesana del país; recogido directamente de monobrerros guipuzcoanos la mayoría y unos pocos de Navarra.

La obra está prologada por José Miguel de Barandiarán. Y en su comienzo, en breves líneas refleja claramente la importancia del tema: «Los modos de vida, las creencias y los usos colectivos que nos llegan por tradición forman el campo de estudio del etnógrafo. Son ellos un complejo instrumental al servicio del hombre, resultado de la reacción humana ante los problemas que nos

plantea la necesidad de vivir y de explicar o interpretar el sentido de nuestra propia existencia y del mundo». Y algo más adelante nos dirá: «Presenciamos, pues, el ocaso de la artesanía rural y comprobamos que es parecida la suerte que corren muchas formas de existencia que fueron básicas durante varios milenios».

El autor, Garmendia, encariñado con los trabajos de artesanía, repetidas veces se lamenta de la pérdida de estos trabajos manuales, arrollados por el progreso, como observaremos a lo largo de su obra. Es ley de vida. En el proceso de la evolución humana siempre ha ocurrido que unas formas de vida vayan desplazando a otras, y de manera cada vez más acelerada. Pues, dentro de ciertos condicionamientos, van prevaleciendo los menos costosos; es decir, los más prácticos, económicos y rentables.

Generalmente, el conjunto material y moral de cada artesano ha sabido entrelazar con imágenes anecdóticas y noticias de historia retrospectiva, o precisiones de otros tratadistas que han estudiado el sujeto u objeto de la especialidad correspondiente, sin pretender informar al lector de una manera exhaustiva. Esto hace que su lectura recobre mayor interés y amenidad.

El proceso de la elaboración de la sidra, por ejemplo, con todas las noticias de la antigüedad que nos aporta a través de sus páginas, constituye una lectura amenísima. Quizás hubiera venido bien una cita a un trabajo tan técnico como lo es el de Félix Mocoeroa en «Munibe», tomo V, 1953.

Los objetos y sus aplicaciones, siempre están minuciosamente detallados, y es de comprender que no era de la incumbencia del autor recoger una bibliografía completa sobre cada tema y aludir los tratados comparativos de los mismos. Y que yo en esta reseña haga algunas incursiones en este terreno, no quiere decir que el autor estaba obligado a citar, ni tampoco que él desconozca totalmente. Conozco a Juan Garmendia y su manera de tratar las cosas, sin sobrepasar los límites que su prudencia le dicta para no caer en la pedantería y en el aburrimiento. Tampoco yo quisiera pecar en esto, pero al reseñar la obra sí quiero aludir sobre aquellos puntos que más me han llamado la atención, para hacer constar lo que pueda interesar a otros, con esta ampliación de citas. Por ejemplo, cuando en el pueblo navarro de Zubieta compendia todo lo que considera de interés para mostrar a un artesano de recipientes de madera, hubiera encajado bien una cita, no a otros que han tocado el tema, que son muchísimos en este caso, sino tan solamente a los que han realizado un estudio general comparativo de tipos de recipientes de la artesanía popular de otros países, Krüger y Panyella, por ejemplo, con sus trabajos en «Munibe», tomo XIV, 1962, en homenaje a T. Aranzadi, que Garmendia le menciona numerosas veces como uno de los primeros y grandes maestros sobre artesanía popular.

Las recopilaciones sobre el viejo cerero, son de los más sugestivos. En ellas se relata sobre la costumbre de anunciar a las abejas la muerte del patrón, que además de Caro Baroja, dedicaron páginas R. M. de Azkue, Wilhelm Giese, Justo Gárate, etc.

La fabricación de anclas y la pesca de la ballena es otra de las narraciones atrayentes para el lector.

El herrero Ignacio Zubillaga, nacido en Oreja en 1868, que aprendió el oficio en Betelu de Navarra, donde al parecer vió la construcción de un reloj, y que en 1889 se estableció por su cuenta en Albiztur y fabricó varios relojes de

campanario, no sé si será el mismo que se refiere Manuel Laborde en su conferencia publicada, **La Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País y la Metalurgia a fines del siglo XVIII**, página 18, al decir: «Relojes para campanarios se fabricaban en Placencia, Eibar y más tarde en Albiztur». De todas formas, encontraremos antecedentes de esta artesanía relojera dentro de nuestra provincia. M. Laborde, en ob. c. p. 11, alude a los hermanos Echave que en su ferrería de Aristarazu de Aya fabricaron algún reloj en el siglo XVIII. Y, Gregorio de Múgica, recoge otro caso de Eibar, en la **Monografía Histórica de la villa de Eibar**, página 121, al atestiguar que en 1796, José de Burgoa construía un reloj para la torre de la iglesia parroquial de San Andrés de Eibar.

Respecto al carro chillón, «gurdiá», si bien T. Aranzadi, J. M. Busca Isusi, y otros muchos dedicaron sendas págnias, alguno de los tratadistas aclaró el por qué del chirrido de estos carros, además de en las bodas por concepto festivo, durante la recogida y acarreo del helecho en los meses de setiembre y octubre, que dado el tráfico en ese período por los estrechos caminos carretilles y la voluminosidad de dicha carga, preparaban premeditadamente para producir el estridente chirriar, con el objeto de advertir a otros posibles carros que circularan en dirección contraria para tratar de facilitar los cruces, localizando lugares algo espaciosos en el trayecto, donde esperaban para cruzar. Vistas las cosas en sus conceptos funcionales ya no nos parecen tan absurdas ni tan extravagantes. Y este es el caso del chirriar de los carros.

Pero como ya hemos advertido, Garmendia no trata de compendiar sobre lo ya recogido, sino, más bien, se limita a recoger lo aún existente y en trance de extinguirse en un futuro muy próximo. Toda la gracia e interés de la obra estriba precisamente en haber recogido directamente de las personas que aún mantienen sus talleres artesanos, abocados a desaparecer muy prontamente. Mañana ya sería tarde, y él ha sabido llegar a tiempo.

Todos los temas abordados trata con minuciosidad sobre todo lo que se precisaba en cada trabajo, inventariando las herramientas y útiles indispensables en la ejecución de las obras artesanas.

El texto euskérico, observamos, que se incluye de manera un tanto servil al texto castellano. No obstante, posee el valor de abordar en vascuence un tema apenas usado en su literatura.

**J. S. M.**

**RENE BELANGER. — Les Basques dans l'estuaire du Saint-Laurent. 1535-1635. Les Presses de l'Université du Québec. Montréal. 1971.**

La historia de los balleneros y pescadores vascos y sus bases en la costa de la bahía de San Lorenzo, escrita por el erudito investigador canadiense René Bélanger.

Son bien conocidas las relaciones de vascos y canadienses durante los siglos XVI y XVII. El vocabulario del Canadá posee palabras euskéricas, y alguna bellísima narración del folklore canadiense evoca los románticos amores de un nativo con la última princesa vasca.

Bélanger reproduce un hermoso mapa de la costa del estuario de San Lorenzo, empedrada de topónimos vascos —Balea-baya, Chasco, Echaide Portu, Buria Chumea, Barbocilho, Ulli-Cilho, Buria Andia, Opor-portu, Barachoa, Ingonish, Ile aux Basques, Baye de Biscaye, Port aux Basques...— y, asimismo, listas de